

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
 ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
 LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 peseta

Fuera 0'45 »

Número suelto 0'05 »

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

Velada infantil de propaganda

del 1.º de Noviembre

A las nueve de la noche, tuvo lugar la segunda velada dedicada por el Centro «La Caridad» a la propaganda hecha por los niños de ambos sexos.

El entusiasmo de los niños al recitar las preciosas composiciones poéticas de *Salvador Sellés*, de *Amalia Domingo Siler*, y de otros vates espiritistas, se transmitió a la numerosa concurrencia que llenaba el local, resultando este acto altamente conmovedor para todos, llenándose así el fin que persigue dicho Centro con estas sesiones, ó sea, despertar el sentimiento en los fríos y la voluntad en los escepticos, hacia el estudio razonado y científico de la Filosofía espírita.

Se leyó un escrito preparado por nuestro compañero *Spero* para aquel acto, cuyo trabajo publicamos á continuación.

Repetirá estas veladas el Centro «La Caridad», por considerárlas muy necesarias y muy beneficiosas al fin que el mismo se propone.

DIÁLOGOS ESPIRITISTAS

HABLAN LOS NIÑOS

SILENCIO, señores, un momento: que los niños van á hablar; los preferidos del Señor quieren referirnos sus secretos, sus sentimientos, y embelesados debemos escucharles!

Ellos son el encanto de la vida, el aliciente del hogar, la preocupación del pensador, el aliento de las razas, los frutos del amor fecundo, los inimitables capullos humanos que, con sus risas y suspiros, con sus anhelos y temores, preparan sus almas para la tremenda lucha de una nueva y más pujante generación.

Para nosotros, los niños, ni son los perfectos querubines que cantan los poetas católicos, ni el producto casual de un simple acto carnal: Son espíritus viejos, almas que han vivido muchos siglos y en sucesivas existencias; las cuales reencarnan en un cuerpo humano, débil y tierno, con las virtudes y vicios que fueron adquiriendo en aquellos aprendizajes y que despiertan poco á poco, como impulsos instintivos, á medida que sus facultades se desenvuelven.

Olvidemos, por tanto, nuestras cuitas; desarruguemos el sesudo entrecejo de personas mayores, y encantados por sus gracias, escuchemos la charla sabrosa que sostienen muchos de ellos en estas ocasiones:

—¿Oyes, Pepito, qué me lo tan terrible de tocar las campanas esta noche? Todas tocan á muerto sin descanso, y si vieras el miedo tan grande que ahora estoy pasando...?

—¿Pobre Luisa! ¿Miedo, de qué? ¿No comprendes que todo eso es de mentirijillas y lo hacen para asustar á los chiquitines?

—Pues, mira: Dice mi tía que esta noche todos los muertos se salen de sus panteones y se van á dormir á casa de sus parientes, y que si yo no soy buena, vendrá una calavera con una hoz y me llevará al infierno.

Yo no quiero que venga la Muerte esa que hay en la iglesia y si tu no me acompañas, no me voy por esas calles tan oscuras.

—Déjate de cuentos y no seas tonta. Esa muerte no existe, querida mía, y eso que te han pintado para que no seas mala, es un embuste más grande que una torre. Ni es verdad que de las tumbas salgan los huesos de los muertos, ni es cierto tampoco que las almas de los difuntos se presenten á nosotros con sábanas y calaveras.

—Tú dirás lo que quieras, pero en mi casa le rezan mucho á las ánimas del purgatorio para que allí no entre la muerte; y á mis abuelitos que están en el Cementerio les ponen velas encendidas en el panteón y mariposas debajo del retrato que tienen en la sala.

—¿Me dirás á mí lo que hacen estos días en tu casa y en la de muchos infelices engañados por su buena fé!

Es una bonita mentira inventada por los sacerdotes para sacar el dinero á todos los que no quieren calentarse la cabeza.

La cera, las mariposas, las coronas y los responsos del clero, dan mucho que ganar á los que viven de esas cosas; y por eso nos quieren hacer ver, por medio de tristes campanadas, que esas parruchas son una verdad.

—A mí en el Colegio me lo dice la profesora y todos los jueves, cuando el Sr. Cura nos explica la doctrina, dice que debemos tener miedo á Dios que puede mandarnos la muerte, si hacemos alguna cosa fea.

Y yo creo que cuando lo dicen así el cura y la maestra, que son tan buenos y tanto nos quieren, es porque será verdad.

—Yo no te digo que sean malas esas personas que tu dices, pero ellas saben que no es cierto lo que predicán y sin embargo, lo enseñan así, ó porque piensan que no se puede corregir de otro modo á las gentes ignorantes, ó porque les gusta más el sueldo que ganan con su oficio, que decir la verdad sin rodeos.

—¿Es que en tu casa no rogáis por los difuntos cuando las campanas tocan á muerto?

—Ya hace tiempo que mis padres se retiraron de la iglesia y los conventos y ahora sólo piensan en practicar el bien á cara descubierta, sin rosarios ni rutinas.

Desde muy pequeñito, mi madre me decía que no temiera las sombras y los ruidos, que todo lo que ocurre en el mundo es cosa natural y, como obra de Dios, nunca será tan horroroso que ponga los pelos de punta á los mayores y haga llorar á las criaturas.

—¿Luego vosotros no creéis lo que dice la iglesia, ni teméis que los aparecidos os puedan dar un susto?

—¿Qué hemos de temerlo, si creemos lo contrario?

Lo que llamamos la muerte y que tanto hace temblar á los ignorantes y á los malos, es un cambio de decoración, una mudanza de traje en la verdadera vida del espíritu que nunca se acaba. Es como si tu te quitases el pesado gabán de pieles que dentro de poco te pondrás, para saltar por el jarlín en mañanita de Mayo, descotada y con traje de seda.

Eso es la muerte para las almas: Dejar el calabozo para gozar el aire libre; quitar á la mano lisiada el cabestrillo para poder manejarla con soltura.

—¿Y dónde has visto tu todo eso para asegurarlo de ese modo? Será lo mismo que nos explica el Sr. Cura al hablar de la Gloria y el Infierno...

—Nadie en el mundo es infalible y tal vez me equivoque como todos, pero lo que yo te demuestro cuando quieras es que las almas de los muertos se aparecen á los hombres con la cara y el aspecto que en la vida tuvieron; que piensan y sienten lo mismo que antes pensaban y sentían; y que la mayor parte de ellos viven y se agitan á nuestro alrededor como si fueran de carne y hueso, creyendo en su ignorancia que aún no han cambiado de traje ni de vida y que sus cuerpos no se pulverizan en el sepulcro.

—Con tantas atrocidades vas á ver cómo te condenas sin remedio y te llevan los demonios con rabo que hay en el altar de San Miguel. El decir eso está prohibido.

—¿Tú quieres ver cómo te engañas? Mañana, cuando vuelvas de paseo, te pasas por mi casa y verás los preciosos retratos de los espíritus que han sacado unos sabios en un Centro espiritista de América. ¿Te parece que si esto fuera un juguete para asustar á los chiquillos, lo estudiarían tan formalmente esos hombres de tanto talento?

—Pero escucha, Pepito: me dejas asombrado. ¿Tan serio es el Espiritismo y repiten casi siempre mis amiguitas y sus papás que el ser espiritista es un pecado?

—Cada cual en lo suyo sabe lo que más le conviene, y en eso no te fijas, si quieres convencerte por tus propios ojos.

El nombre nada importa para nosotros.

Lo principal es que todos sepamos que no existe la muerte que nos pintan; que la práctica del bien es la única oración agradable á los ojos de Dios y de las almas que se acuerdan de nosotros. Cuanto más buenos seamos, mejor traje llevaremos al llegar á la vida libre que nos espera después de la tumba.

Y como la justicia de Dios brilla tan alta, contra su ley no valen alhajas, ni dinero, ni funerales.

No debemos llorar porque se muera un semejante nuestro, pues hemos de saber que con ello se traslada á otro país mucho más bello. Lo que nos debe acongojar y poner tristes es el mirarnos crueles, egófstas y orgullosos, ofender al prójimo y pasar por el mundo sin ejercer las obras de misericordia.

¡Esto sí que es la muerte para el alma, que tiene que lavar con duros sufrimientos las manchas que ella misma se produce!

—Si fuera verdad lo que me cuentas, ¡qué hermosa sería la muerte para las personas caritativas y buenas que no hacen mal á nadie! De tal modo me has impresionado, que he de escaparme de casa muchos días para ver si me convengo por completo. Y te agradezco mucho tus consejos, pues parece que ya no me dan tanto miedo esas pícaras campanas. Que no me olvides, Pepito; y hasta mañana, que me llaman.

—¡Vete con Dios, pobre Luisilla!....

Y mis dos chicuelos, amables y gozosos, sellaron el pacto con un beso.

* * *

¡Bienaventurados los niños que, con su natural inocencia, constituyen la materia predispuesta para que en ella fructifique sin malezas la siembra de una osmerada educación!

¿Comprendéis ahora, hermanos míos, por qué celebramos los espiritistas con tanta fe y entusiasmo estas conmovedoras sesiones infantiles?

Spero.



MI DECÁLOGO

V

RESPIRA A LOS DEMÁS

COMPARTES con el proletario el culto á la *Libertad, Igualdad y Fraternidad* ante el ara sagrada del *Trabajo*; compartes con el poderoso el culto á la *Paz* ante el ara sagrada de la *Ley*; comulgas con el racionalista en la veneración por la *Ciencia*; comulgas con el sacerdote en la adoración al *Celeste Padre*. Hasta con el escéptico te une el no reputar innecesaria ninguna preocupación que tienda á precaver el espíritu contra el error, por leve que sea. Haz ver, pues, más que con nada, con el asiduo ejemplo de respetuosa tolerancia, que todo conflicto entre *capital y trabajo*, entre *religión y ciencia*, entre *duda absoluta—nihilismo—y fé absoluta—superstición*,—desaparece con la intransigencia y la imperfección humana que los ha originado.

Pensamientos

La ciencia que se aparta de la justicia, más bien puede llamarse astucia que sabiduría.

* * *

El hombre no tiene derecho á poner trabas á la libertad de conciencia, lo mismo que á la de pensar, pues sólo á Dios pertenece el derecho de juzgar la conciencia.

* * *

Yo veo en los planetas otras tantas aras de expiación, donde las almas oscurecidas por el mal, se redimen y purifican por las luminosas ideas y las buenas obras.

Yo creo que me comunico y hablo con todos los seres amados que he perdido en la vía dolorosa de mi vida.

Castelar.

* * *

La tierra no deja de semejarse á un presidio. ¿Quién sabe si el hombre no es más que un sentenciado de la Justicia divina?

Victor Hugo

Contra la enseñanza materialista

DEL exceso dogmático de las religiones positivas, nacieron el materialismo, el ateísmo, el positivismo modernos, los que engendraron ese escepticismo terrible que reina hoy en muchos corazones, y que impide al hombre el ver claro en su destino y en el porqué de su existencia. Los excesos de los dogmas provocaron los excesos contrarios, y en su afán de negar, los incrédulos llegaron hasta negar el alma, hasta negar á Dios.

Sabemos que en ciertas escuelas, cuyos profesores son materialistas, se ha dado la muerte á un animal cualquiera ante los alumnos y, abierto el cadáver, se les ha dicho:

—Ya véis que aquí no hay más que la materia. Pues bien, en el hombre sucede lo propio. Sólo existe el cuerpo. Todas las afirmaciones que tratan de demostrar la existencia en él de un alma responsable, se estrellan ante esta demostración práctica: Se han abierto miles de cadáveres humanos y en ellos no se ha encontrado el alma.

No reflexionan, no piensan en que, educando así á los niños, preparan generaciones de seres escépticos cuyo único afán habrá de ser gozar de los placeres materiales mientras estén en la tierra, cueste lo que cueste y pese á quien pese.

No estamos conformes con ese sistema de educación al que debe seguramente culparse el aumento de suicidios que se nota en las naciones modernas. En efecto: Es lógico el suicidio para el ser que no admite nada después de la muerte y se vé acosado por sufrimientos terribles y por los sinsabores de la vida. ¿Por qué luchar? preguntará el pobre de nuestros hermanos cuya alma haya sido envenenada por las teorías materialistas.

¿Para qué sufrir, puesto que existe el medio de aniquilarse por completo para siempre escapando á ese sufrimiento? Y hay que confesar que al raciocinar así, son consecuentes con las doctrinas que les han enseñado.

¿Qué responsabilidad asumen los hombres que, con el móvil plausible de apartar á las almas de las mentiras y extravíos dogmáticos, las educan así!

¡Pobrecitos de ellos! ¡Cuánta compasión nos inspiran!

Pero con la misericordia para tales maestros, existe en nues-

tros corazones la caridad, la más inmensa piedad para sus alumnos, para esos pobrecitos seres conducidos desde la más tierna edad á la negación de todo cuanto puede constituir un aliento y un consuelo para ellos.

El asunto que nos ocupa nos parece de tal importancia que, sabiendo que nada vale nuestra pobre pluma, que nuestra inteligencia es cortísima para expresarse cual quisiéramos, acudimos al libro de Balmes, á «Higiene del Espíritu» y de sus admirables páginas, extractamos la comunicación núm. 158 que precisamente se refiere al tema de que estamos tratando. Dice así:

«Filósofos que tratáis de averiguar si el hombre es superior á cualquiera de los animales. Hombres que os llamáis sabios, desplegad toda vuestra ciencia. Tomad un cadáver. Tenedlo sobre el mármol de vuestros anfiteatros. Escudriñad su corazón, su sangre, sus nervios, sus entrañas. Investigad los innumerables surcos de su cerebro. Examinad la materia, volviéndola, revolviéndola, dividiéndola con el escalpelo, mirándola con el lente ó con el microscopio. Abarcad de una mirada la memoria, la voluntad, la avaricia, el interés del cálculo, todas las artes humanas y todas las pasiones animales. Medid su inteligencia por el desarrollo de su cerebro. Suprimid cualquier función, cortando tal ó cual nervio, y, cuando hayáis perfectamente comprendido la relación entre el nervio y la sensación, entre la sensación y el pensamiento, entonces, sobre las carnes palpitantes, contestadme:

¿Dónde está la Conciencia, aquel severo maestro que se complacía en destruir los defectos y vencer los vicios y pasiones malas?

¿Por qué sentidos, filamentos, músculos ú órganos, penetró en aquel ser la idea del infinito, siendo una criatura tan limitada?

¿Quién le infundió la idea del bello ideal, cuyo modelo no se encuentra en ninguna parte de la tierra?

¿Qué es el obrar, pensar, sentir, sufrir, morir por la Verdad?

¿Qué clase de microbios son los que dan origen á la Virtud ó á la Justicia?

¡Ah! ¡Queridísimos míos! Que la soberbia de algunos hombres que por sabios se tienen, es tan grande como su ignorancia.

Ella es la que, poniéndoles una tupida venda en los ojos del entendimiento, los ciega hasta el punto de hacerles negar todo aquello que no comprenden, porque está sobre su razón.

Humilláos, humilláos los que todo lo negáis; humilláos ante las continuas manifestaciones de esa fuerza desconocida, como lo será siempre el manantial eterno, increado, de donde procede; y sabed que á esa fuerza es á lo que llamamos alma.

De ella nace la virtud que es la victoria del espíritu sobre la materia. El amor verdadero que vislumbra la eternidad. El orden que sale de la conciencia y de la razón, y las relaciones entre las

causas y los efectos, en lo infinito, que nos conducen directamente hacia la Causa primera, la Causa de las causas, el Padre común de todas las criaturas, el Creador de todo cuanto existe, la Fuente inagotable de la Sabiduría, de la Misericordia, de la Justicia, del Amor; hacia Dios, en fin.

Que nunca ni por nada os ciegue la soberbia, y tened siempre presentes aquellas palabras de Jesús, cuando decía á los pueblos: «Venid á mí, que soy manso y humilde de corazón».

UN ESPÍRITU QUE OS AMA MUCHO.

En un cadáver, dice Balmes, desde el espacio, ¿dónde está la conciencia?

Ese juez rectísimo que cada hombre tiene en sí que le hace sonreír ó entristecerse según que obra el bien ó se entrega al mal, lo buscan inútilmente en el organismo humano en el que ha cesado la vida, pues allí no está.

La inteligencia, el sentimiento y la voluntad, se han retirado de ese montón de carne destinado á la transformación, con el ser la esencia superior que por su presencia en aquel cuerpo, alimentó allí la vida, han desaparecido con el espíritu, cuya síntesis con su organismo material solo dura el tiempo que aquel puede servirle para relacionarse con los seres de este mundo.

La educación espiritista, al demostrar esto á los niños, al grabar en sus jóvenes corazones, la certeza de la existencia de Dios y de su Yo responsable, dá un marco de grandeza y de moralidad á su vida, á la par que les prepara infalibles consuelos para los momentos de tribulación y de sufrimiento.

La enseñanza materialista, faja como sus doctrinas, da al niño una concepción de la vida completamente errónea; crea seres sin fuerzas, sin alientos para resistir los embates de la existencia y siembra así el escepticismo y la inmoralidad que han de arrastrar á muchos de estos seres hasta el suicidio.

Protestamos contra ese sistema de enseñanza con toda la fuerza de nuestras almas ó invitamos á los maestros que tales doctrinas sustentan á reflexionar, á estudiar y á meditar sobre la inmensa responsabilidad moral en que incurren al enseñar así.

DE ULTRATUMBA

El amor es la fuente que, apagando en el hombre todas las pasiones, enciende á su vez el foco sublime de la Caridad.

(LA ENCINA)

San Agustín.

VILLENA.—Juan J. Amorós, impresor